

Miguel García Lisón

POR JUAN PUEBLA PONS



Miguel García Lisón nos ha dejado. Al acabar el largo puente de la Constitución, Miguel no regresó. En su lugar, la triste noticia de su muerte repentina, recibida a primera hora de la mañana del día 9 de diciembre, nos golpeó fríamente. Esto no lo vimos venir.

Lo habíamos podido imaginar hace dos años, cuando también al final de un período vacacional fuimos avisados de que se hallaba muy grave, consecuencia de una conocida enfermedad que arrastraba desde su juventud -que, finalmente, le acabaría causando la muerte por coma hipoglucémico-, y que descubrió accidentalmente cuando todavía sus efectos no se dejaban notar, pero que le marcaría para el resto de su vida y condicionaría todas sus relaciones.

Miguel, como la mayoría ya conocéis, estaba dedicado a la enseñanza del dibujo arquitectónico a través de varias asignaturas y al doctorado, dirigiendo también varias tesis, en la ETSAB, donde había estudiado y de la que llegaría a ser subdirector, así como director del Departamento EGA I. Anteriormente, después de haber obtenido la cátedra, todavía muy joven, estuvo un breve período en la Escuela de Valencia.

Creo que podría coincidir con otras apreciaciones de los que le conocieron bien si digo que yo lo veía como una persona vitalista y con una componente hedonista plenamente mediterránea. Esos aspectos se detectaban cuando hablaba de su vida en su querido Benicarló. Ahí todo se fundía; la faceta más íntima con la más pública, con el resto de sus actividades, especialmente las culturales: en los centros de estudios de La Plana o del Maestrazgo, del que era cofundador; su habitual colaboración en la revista *El Dissabte*, donde tenía una página fija con una viñeta humorística y, a la vez, crítica; la de arquitecto

restaurador -de las murallas de San Mateo y del castillo de Peñíscola, del que era conservador oficial, o de la Escuela Taller de Traiguera, entre otras-; sus trabajos sobre Morella; la arquitectura popular de la piedra en seco, que había estudiado y acerca de la que había hecho seminarios y varias publicaciones con dibujos suyos, y sus pinturas -había obtenido el Premio Joan Miró en 1969- y esculturas. Junto a todo ello había, particularmente, algo muy importante: su gente. Yo tuve ocasión de compartir con él muchas de esas cosas en un par de viajes que hice a esta tierra.

Cuando recibí el encargo del Departamento de escribir estas líneas, ya había quedado citado en la Escuela con sus hijas Arantxa, también arquitecto, y Catalina, para entregarles aquello que se pudiera considerar como personal entre la gran cantidad de cosas que, finalmente, irían a parar a la biblioteca del centro. Mientras buscábamos entre sus papeles, dibujos, libros y objetos, aproveché para preguntarles sobre la vida reciente de su padre fuera de la Escuela. Por lo que me dijeron, llegué a la conclusión de que Miguel, a pesar de sus últimos y graves problemas de salud, que le tenían sometido a un severo control, seguía conservando íntegro ese perfil humanista cultivado a lo largo de su vida: su pasión por el dibujo, extensible a todo el mundo artístico, y por la arquitectura, por la historia y la literatura, y sus inquietudes culturales en general. Eso es lo que transmitía y a través de lo que se relacionaba y, además de su vínculo familiar y de sus amigos, era lo que le ataba con fuerza a la vida.

Es por todo eso que su recuerdo permanecerá en muchos de nosotros para siempre.

SOBRADIEL, 1 de junio de 1941

BARCELONA, 8 de diciembre de 2004